

ro enérgico, describió con vivos colores la situación en que se encontraba el país; puso de manifiesto todos los medios de que había echado mano para restaurar la marina y no lanzarse á la guerra, y finó su plática apelando á las leyes para que le escudasen contra los ataques calumniosos que le dirigian sin cesar, los cuales, además de ser escandalosos, eran un verdadero estorbo para la buena marcha del gobierno; decía, por último, que todos se abalanzaban contra su persona, como si al estathuder únicamente le hubiese sido impuesta la obligación de sobrellevar en silencio toda especie de ultrajes.

Federico II de Prusia se constituyó repetidas veces en mediador para apoyar al estathuder é inducir á una conciliación á los partidos; pero los innovadores contaban con Francia, la cual se comprometía á impedir cualquiera intervención extranjera en la política interior de Holanda; los periódicos no cesaban de prorumpir desenfrenadamente y cada vez con mas encono en invectivas contra el poder; las sociedades secretas tomaban incremento; los cuerpos francos se habian convertido en conciliábulos de todos los enemigos de la casa de Orange, y ejercitándose sin interrupción en maniobras militares, se manifestaban cada vez mas exigentes y venian á las manos con las guarniciones. Los setenta y seis regentes organizaron una confederación con objeto de remediar los males que acosaban á su patria, reponer el verdadero gobierno republicano y restablecer en todo su vigor la religión protestante. Algunas turbulencias que tuvieron lugar en la provincia de Utrecht, promovidas á consecuencia de haber manifestado la ciudad su pretension de nombrar por sí sola los ayuntamientos, encontraron eco en otras provincias y dieron pábulo á la guerra civil. Guillermo pretendió sofocar aquellos motines y restaurar el orden acudiendo á las armas; pero los Estados le suspendieron del cargo de capitán general de su provincia, á pesar de que la constitución le declaraba inamovible en el ejercicio de sus funciones y de la soberanía.

Guillermo, aunque tenia una autoridad muy reducida y que no podia ni siquiera aumentar el número de los soldados que guarnecian una fortaleza sin previo consentimiento de los Estados, disfrutaba de las apariencias pomposas de un monarca. En el palacio de su residencia, que pertenecía á los Estados de la república, eran únicamente á su persona tributados los honores militares, y siempre que salía de su real mansión se abría una puerta por donde no era permitido pasar sino al estathuder. Por lo que llevamos espuesto, se conoce cuán difícil seria que no anhelase ensanchar su autoridad, y aun mas porque tenia en su favor á la clase vulgar; pero no pudo satisfacer nunca sus deseos porque era muy fuerte la oposición que le hacian, y cuando se verificó la batalla de Amsterdam [1786], el partido llamado de los

republicanos estimulado por Francia, declaró á Guillermo depuesto de sus altos oficios de estathuder y almirante.

Su esposa, que habia reanimado su valor, insinuándole que resistiese al partido de la oposición, quiso trasladarse ella misma al Haya, lisonjeándose de que su presencia pudiera influir para restablecer á Guillermo en su perdida autoridad; pero no se le permitió atravesar los confines, y además, para que su vuelta se verificase sin peligro ninguno del partido contrario, se le dió una escolta. Tamaña injuria, que era un caso inaudito, la exasperó hasta el punto de pedir una satisfacción por medio de su hermano, el monarca de Prusia; pero no habiendo sido atendidas sus reclamaciones, éste declaró las hostilidades á la república. Las tropas prusianas, que eran numerosas y llenas de fuego, invadieron instantáneamente el territorio holandés, y en el breve trascurso de veintinueve dias conquistaron un país, que los españoles no habian podido sujetar en el espacio de ochenta años, ni Luis el Grande, en tantas y repetidas guerras. Los Estados generales, encontrándose en tan grave apuro, se reunieron en Amsterdam, y anularon los actos que habian tenido lugar en perjuicio del principe Guillermo de Orange; el cual, después de haber reconquistado su poder, pero sin aquellas ventajas que suelen ser el producto de las revoluciones, que no se han podido llevar á cabo, se manifestó lleno de moderación. El monarca prusiano, que en aquella ocasión no se mostró exigente ni pidió el reembolso de los gastos de guerra, estrechó alianza con la república holandesa y con la Inglaterra; así que, el gabinete de Versalles, que habia puesto en juego tantos manejos para adquirir preponderancia en Holanda, se quedó abochornado, no habiendo podido lograr sus deseos, á pesar de haber empleado para el caso artificios y dinero.

En Bélgica, en Holanda, en Lieja, en Aquisgram, en Ginebra, todos los movimientos que se verificaban, tenian un carácter puramente democrático; y la humanidad no dejaba de manifestarse anhelosa de un cambio absoluto, que cortando de raíz todo lo existente, reconcentrase la autoridad política en la masa de la nación, dando de esta manera cumplimiento y realización á lo que habia de justo y no fantástico en la filosofía, que dominaba á la sazón. La historia de aquella época nos da á conocer, que la marcha de la humanidad se dirigia toda hácia una revolución, cuyos efectos debian ser aun mas violentos de los que ordinariamente suelen verificarse, en razon de que los príncipes habian adulterado á su antojo las constituciones; en razon de que todos los derechos populares habian sido anulados en todas partes, á escepcion de Inglaterra; en razon de que la libertad y el buen orden no existian ya en parte ninguna; en razon de que la monarquía, la gerarquía eclesiástica, y el feudalismo se habian convertido en una falsedad; y final-

mente, podemos decir, que todo lo que se veia, no era mas que la apariencia de una superficie que encubre el abismo (1).

PRELIMINARES DE LA REVOLUCION FRANCESA.

Lo que en otras partes no era mas que una necesidad vagamente sentida, en Francia se habia manifestado en toda su fuerza. A fines del siglo pasado habian desaparecido en este país todos los literatos eminentes; pero la cultura intelectual se generalizaba de dia en dia, y los conocimientos se propagaban con suma rapidez. Sin embargo, es de notar, que la lectura era un objeto de pasatiempo, y se admitia todo sin sujetarlo á examen; se recorrian las obras con aquella ligereza tan propia de los que no se detienen en meditar lo que leen; se vulgarizaba todo mediante almanques, espectáculos teatrales y novelas; los periódicos, lejos de ocuparse en graves debates, se contentaban con difundir las ideas que brotaban unas tras otras, poniéndolas al alcance del público para disfrutar prontamente de las impresiones que producian, y para relacionarse con un sinnúmero de personas, aun cuando se hallasen en parajes muy distantes. Habiéndosele preguntado á un viajero, qué novedades habia notado en Paris, "nada mas, contestó, que un cambio de conversacion; pues lo que servia de entretenimiento hablando en las tertulias, ahora se oye repetir por do quiera recorriendo las calles de la ciudad." Traslucíase en todo la ostentación vocinglera de amor á la humanidad; la sociedad, llegada á su decrepitud, parecia tener mucho anhelo en reconquistar su floreciente edad, mostrándose gustosa, como los jóvenes, de la lectura de un crecido número de escritos de género bucólico; y Robespierre, Marat, Couthon, Saint-Just, Barrere, que en breve debian convertirse en caníbales, empezaron su carrera con afectadas melosidades, siguiendo el ejemplo de los arcades (2). Pero

[1] Diremos de paso que nuestro autor se distingue en gran manera, no solo por la elegancia de su estilo sino tambien por las metáforas, y con especialidad por las antitesis llenas de viveza, de expresion y de un contraste muy notable, entremezclado á veces con conceptos profundos.

[Nota del traductor.]

[2] Juan Bautista Marina, caballero napolitano, y D. Luis Góngora, español, fueron entrambos corruptores del buen gusto, y jefes de una nueva escuela poética, llamada en Italia de los seicentistas, y en la Península Ibérica de los culteranos. Entrambos entusiasmaron al vulgo de los literatos. En España muchos sabios procuraron revelar los defectos de los gongorinos, y retraer á la juventud literaria del abismo en que yacia sumida, mientras que en Italia se fundaba una nueva academia con el solo objeto de oponerse á los secuaces de Marini; la cual fué nombrada Arcadia, y los individuos que la componian, se intitularon Pastores arcádicos. Aquella reu-

este nuevo rumbo no era mas que un nuevo modo de patentizar una desafección completa á todo lo que hiciese referencia á la historia y á la antigüedad; adoptábase un tono elegiaco porque así lo requería la moda, y se zaheria la sociedad, ya remedando á Tácito, ya á Juvenal. No obstante, todos confiaban en sí mismos y en lo futuro, que se ofrecia patente á la vista de todo el mundo, dejando entreveer los inevitables trastornos que acarrearía.

Luis XV, dominado de un grande egoismo, habia pronunciado ya estas palabras: "Después de mí el fin del mundo, ¡mis sucesores quedarán en un buen atolladero!" Rousseau dejaba consignado en 1770, lo que sigue: "Parece imposible que las grandes monarquías de Europa se sostengan aún por largo tiempo: llegamos á la crisis, se acerca el siglo de la revolución. Apoyo mi aserto en razones especiales; pero no es justo manifestarlo todo, y además, todos lo ven demasiado." Y Voltaire, en una carta con fecha 2 de Abril de 1762, á Mr. Chanvetin: "Todo lo que se presenta á mi vista echa la semilla de una gran revolución, que llegará irremisiblemente, y cuyo testigo no seré por mi desdicha. Los rayos de luz están tan esparcidos, que á la mas ligera circunstancia reventará la mina. ¡Qué mañana habrá entonces! ¡Dichosos los que están en lo florido de sus años! ¡Cuán grandes acontecimientos no presenciaron!"

Quedaba Luis para manejar una máquina tan resentida. Varon honrado y virtuoso, pero de pocos alcances, así que, no sabia marchar sino á tientas: encontrábase en la necesidad de mudar de ministros á cada instante, esto es, de sistema; pero, si los malos le causaban daños, no sacaba ventaja ninguna de los buenos: y no teniendo confianza en sí mismo, depositaba sus intereses en manos de individuos cuyos alcances, y con especialidad la honradez, eran muy inferiores á los suyos. La monarquía, que permaneció firme, aunque infamada por el delito y las torpezas, se desplomó cuando tuvo por

nion produjo poetas y literatos de gran fama; pero con el trascurso de los años empezó á caer en descrédito, porque aquellos académicos no se ocupaban mas que en imitar servilmente á los antiguos poetas bucólicos, afectando en sus canciones y églogas un lenguaje pastoril muy empalagoso, y cierto tono de languidez amorosa, que se reducía á un juego de palabras ridículas por su ternura excesiva y la estudiada armonía de los versos acompasados; y últimamente, se llegó hasta el punto de que el nombre de poeta arcadino era casi la calificación de ridiculez é insustancia. César Cantú alude á lo que nosotros llevamos espuesto en el pasaje de su testo, cuando dice "que Robespierre, Marat, Saint Just, Couthon, Barrère, empezaron su carrera con afectadas melosidades, siguiendo el ejemplo de los arcades."

(Nota del traductor.)

enemigo su propia debilidad. Un tirano ó un varon de ingenio vasto habria sido acaso el áncora de salvacion para la Francia, bien atropellando al pueblo degenerado, ó bien constituyéndose en árbitro supremo y regulador de las innovaciones, que la época reclamaba como imprescindibles. Pero la política vacilante de Luis lo dejó á merced de los ministros, de los artesanos, de la reina su esposa, de las tradiciones de lo pasado y del filosofismo; así que, guiaba su nave á la aventura; solo cuando se halló en el duro trance de perder su libertad de accion, y empezó la triste carrera de sus padecimientos, despertó interes en los corazones. Una corte imprevisora, que habia reemplazado á la de Luis XV, que se distinguia por su vergonzosa corrupcion, no teniendo bastante osadía para poner al monarca en primer término en la revolucion, quiso que pudiese en juego sus medios para contenerla. Pero Luis no bastaba para tanto; en efecto, su falta de vigor produjo aquel cambio, que ya revelaba la injusticia del gobierno, ya su debilidad, y que fomentando el concono, lejos de enervar la resistencia, le dió alas para adquirir popularidad y fundarse en la esperanza de un buen éxito (1). Al considerar las

(1) Vamos á transcribir las palabras siguientes del señor Toulotte, anteriormente citado, que nos dan á conocer aun mas el estado lastimoso en que se encontraba á la sazón la Francia, y el carácter débil de Luis XVI.

“Las facultades del hombre se desarrollan siguiendo la misma marcha progresiva del tiempo, que vicia y degrada las instituciones sociales. Un cambio radical es casi inevitable cuando el voto general declara guerra á las leyes; porque la tranquilidad de los estados depende de la armonía, que media entre los intereses y las ideas del mayor número; cuando ésta falta en un estado ó en una república, existen ya los gérmenes de la revolucion, que tiende á derribarlo todo. Las buenas reformas previenen muchas turbulencias; pero es menester que sean oportunas y sin límites, porque cuando el poder se atiene á los términos medios, hace sospechar su debilidad ó se le culpa de mala fe, y con especialidad en una monarquía absoluta, así que, ésta se encuentra siempre en el caso ó de obstinarse en una dolorosa conservacion, ó de correr á una ruina estrepitosa. Los soberanos, cuya situacion es crítica, necesitan una alma fuerte para tomar la iniciativa en la destruccion de los abusos, luego que las voces elocuentes de la desgracia hacen oír sus primeros lamentos. Aquellos conservan toda su majestuosidad cuando su razon no es vencida por la de sus súbditos. Desde que las ciencias y la industria, el comercio y la economia política han derramado torrentes de luz, no hay mas fuerza moral para los reyes, que no ejercen sobre los pueblos el ascendiente de la inteligencia: si son buenos, se convierten en juguete de sus cortesanos, si despotas, esponen el Estado á todas las vicisitudes de un porvenir incierto. La mayor parte de las

tentativas hechas, la nacion se acostumbró á la creencia de que las buenas reformas eran posibles y fáciles; y los estadistas llegaron á comprender, que para formar un pueblo no son suficientes las rectas intenciones, sino que se requieren garantías. La guerra de los anglo-americanos consolidó en Francia las doctrinas liberales; autorizó el principio de la insurreccion, é inculcó en el ejército las ideas generalizadas en la nacion, de suerte que las virtudes cívicas se hermanaron con las militares. La hacienda llegó irremisiblemente al borde del abismo: fué confiada la cartera de aquel ministerio á un hombre por quien se esperaba verla restablecida, porque era esperto en granjearse el afecto popular; pero éste no tuvo bastante osadía para poner á descubierto las llagas que necesitaban un pronto remedio, ni para exigir del monarca, cuando no fuera otra cosa, las reformas bastantes para el caso; y amalgamando los hábitos, que eran una consecuencia de su profesion, con las inclinaciones especiales de su carácter, cimentó la hacienda en el crédito, y éste en la confianza que inspiraba el ministro. Alimentaba tal vez la esperanza de que el tiempo le proporcionara la ocasion de mejorar el tesoro, pero no lo consiguió; y la corte, que se aconsejó de Calonne, puede compararse á un hombre, que acosado de sus largas dolencias, se entrega en las manos de un charlatan para que le cure. Calonne, pródigo de suyo, pródigo por sistema, pródigo por condescendencia, remedaba á aquellos negociantes, que se muestran tanto mas fastuosos cuanto mas próximos están á declararse en quiebra; y por lo que parece este ministro habia concebido el proyecto de deslumbrar á la nacion con una prosperidad simulada, á fin de apoderarse de los espíritus para manejarlos á su modo, cuando el tiempo le proporcionase la ocasion de echar mano de atrevidas combinaciones, mediante las cuales se lisonjaba llevar á puerto de salvacion la hacienda. Por lo tanto, arrastró al monarca por la senda de una revolucion, que debia necesariamente trasfigurar todo el sistema administrativo del reino, estimulándole á reunir la *Asamblea de los notables*, bajo cuyo nombre esta-

capitales son muy pobladas en Europa, y un ejército no puede asegurar el trono; es, pues, necesario que le sirva de escudo el afecto de los pueblos; Malesherbes, Turgot, Necker y sus ilustres amigos han probado por su conducta, que comprendian esta verdad; su desgracia no ha dejado mas eleccion á Luis que la del abismo.” La cour et la ville, Paris et Coblenz, ou l'ancien regime et la nouvelle, considérés sous l'influence des hommes illustres et des femmes célèbres, depuis Charles IX, Henri IV et Louis XIV jusqu'à Napoleon, Louis XVIII et Charles X; par Mr. Toulotte. T. 2.º, p. 505. Paris, 1828.

(Nota del traductor).

ban comprendidos todos los individuos mas considerables entre las diversas categorías sociales, á las cuales se debian notificar los proyectos que se creian mas útiles para la felicidad pública. Entre esta asamblea y los Estados generales mediaba mucha diferencia, pues que sus miembros eran designados por el monarca, y aun cuando representaban los tres estados, que solian llamarse entonces *los tres brazos*, su derecho no se extendia sino á un voto consultivo; además, el reducido número de los que eran destinados á representar el tercer estado, pertenecia todo á la aristocracia, y no se le podia suponer dispuesto á menguar los privilegios de su categoría. Enrique IV y después Richelieu acudieron á la convocacion de los notables, pero ni eran ya los tiempos del primero, ni Calonne podia ser comparado al segundo.

Cuando se verificó la apertura de la asamblea en Versalles [22 de Febrero de 1787], el ministro dijo en nombre del monarca: “Hasta hoy se ha adoptado esta sentencia: *si lo quiere el monarca, la ley lo quiere tambien*; desde hoy se dirá: *si lo quiere el bien del pueblo, el monarca lo quiere tambien*. La nueva asamblea de notables habria podido prevenir un sinnúmero de calamidades dando oídos á las reformas que el rey se encontraba dispuesto á abrazar, y poniendo coto á los nuevos desmanes de la hacienda; pero obró en sentido contrario con haber puesto en claro que las clases privilegiadas aborrecian toda igualdad. Habiéndose sujetado á exámen el estado del erario, se vió que la deuda era enorme, y falsa la cuenta que se habia presentado; por lo que se infirió, que Necker ó Calonne habian ocultado la verdad al monarca. Entonces Calonne se vió precisado á poner coto á sus muchos arbitrios, limitándose tan solo á proponer el consumo del papel sellado y una subvencion territorial, impuesto directo, que se sustituyó á los otros, pagadero en metálico y sin ninguna especie de exencion ni privilegio.

Suscitóse por esto una desordenada oposicion alentada por un individuo, que se distinguia por su mucho poder. Iba cobrando nuevos bríos opuesto al poder real, el poder ducal de Orleans, que era una rama de la familia dinástica reinante, y la régia mansion de Versalles perdía ya parte de su lustre, porque el Palacio Real la encubria con su sombra (1); allí se agolpaba la clase media como á las gradas de un trono popular. Fué esta misma clase la que apadrinó al regente, y que daba aliento ahora con su aura

(1) Conviene traer á la memoria que en este pasaje, *Palacio Real*, no significaba la régia morada del monarca, sino un dilatado recinto, que encierra plazas, tiendas, cafés y teatros: allí habitaban el duque de Orleans y su familia; y este mismo sitio sirvió de palestra á las escenas de la primera revolucion, y á las maquinaciones de la que siguió.

á Luis Felipe, que era su biznieta [1], quien á su regreso de Inglaterra importaba en Francia algunas ideas políticas, pero entremezcladas con mayor cantidad de vicios, que á pesar de haberlos abrazado con vileza, no le impidieron levantar sus pensamientos impúdicos hasta la reina. Mal satisfecho del comportamiento de la corte hácia su persona, y aun mas del de María Antonieta, siguiendo las huellas de su abuelo, se dió á tratos mercantiles: y con edificar varias galerías, trasformó el jardin de su alcázar en mercado, alquilándolo para que sirviera de foco á toda clase de vicios. Desquitábase de las risas mofadoras de los parisienses con denigrar todas las acciones de María Antonieta, poniéndola en muy mal concepto con el público, y ridiculizando al monarca. Halagaba sobremanera su gusto, manifestándose en perenne oposicion contra el gobierno, y me sirvo en esta circunstancia de la palabra *gusto*, porque la política era para él un objeto de diversion, pues se habria guardado muy bien de esponerse á peligros con abrazarla de frente; y finalmente, se extendia cada dia mas en torno de su persona aquella aura popular cuyas alas debian servirle de apoyo para subir al cadalso, elevando á su hijo hasta el regio dosel.

Inglaterra, cuyas costumbres remedaba servilmente, lo instigaba para que sus rencores, muy á propósito para conturbar el sosiego de Francia, le sirvieran de instrumento; pero Orleans, en aquel torbellino de novedades, todavía indefinidas, entreveía quizás una corona. Hizo de modo que se le eligiera gran maestro de los franc-masones para que tomara mas cuerpo su influencia. Prestábale apoyo Lafayette, el cual habia regresado de América con el alto renombre de héroe liberal, conservando sin embargo la aristocracia de maneras y aparato, y no abandonando en Versalles el tono republicano del otro hemisferio, proclamaba, aunque condecorado con el título de marqués, los derechos del hombre; y entre tanta disolucion y el espíritu de cálculo, no habia perdido aquel candor, que no es dable poseer sino una vez únicamente en el trascurso de nuestra vida. Los que rodeaban á Orleans hacian alarde de palabra y por escrito de un ardiente patriotismo, y desaprobaban sin cesar los actos del monarca. El pueblo, que regalaba con su afecto al duque, porque creia ver en su persona al representante del liberalismo y de las nuevas ideas, que estaban en boga, lejos de mostrarse indiferente á las cuestiones que se ventilaban en aquella asamblea de notables, tomó parte en ellas, abrumando á sil-

(1) Del regente nació Luis [1703—52] hombre piadosísimo y retirado: de éste, Luis Felipe (1725—1785), del cual Luis Felipe José [1743—2793], fué padre del rey de los franceses, elevado al trono en 1830 y espulsado en 1848.

bidos á las personas adictas al gobierno, y colmando de aplausos á los del partido de la oposicion; por lo cual el monarca, hallándose en el duro trance de escudar al ministerio ó de condescender con la asamblea, quitó la cartera á sus ministros, de cuyas resultas las sesiones siguieron, pero sus tareas no fueron importantes ni dieron fruto. Sin embargo, el pueblo en aquellos agitados debates habia adquirido cierta ilustracion, por lo que deseó con mas fuerza la realizacion de una representacion que pudiera merecer el título verdadero de nacional.

El arzobispo de Tolosa, á quien el monarca no miraba con agrado, porque le tachaban de ateo, fué llamado por medio del influjo de la reina á presidir al gobierno de la hacienda, el cual, en vez de someter á la vista del parlamento todas las decisiones de los notables en una sola fecha, las entregó sucesivamente una por una en distintos dias. El parlamento, en aquella circunstancia, desplegó con energía todas sus pretensiones; alegó su incompetencia para registrar imposiciones nuevas, y dijo que todo debía someterse á lo que los Estados generales decidieran; y cuando se acudió al solio de la justicia [1], dió por nulos todos sus actos, facilitando de esta manera la entrada á la revolucion. Luis desterró el parlamento á Troyes, pero éste, á instigacion del duque de Orleans, apoyado en la opinion publica, y sostenido por un crecido número de abogados, que á la viveza y al espíritu turbulento, propios de su juvenil edad, juntaban aquel desasosiego que habian inspirado á la sazón los estudios de moda, llevó su osadía hasta el punto de culpar de despotismo al monarca; discutió todo lo perteneciente á los derechos reales; popularizó ideas de oposicion, y el pueblo le colmó de aplausos como baluarte contra los desafueros, dando el renombre de liberal á una asamblea que habia servido siempre para estorbar toda especie de reformas. Trascorridos dos meses, se vino á una capitulacion muy deshonrosa, tanto para el monarca como para el parlamento; pues el primero desistió de su peticion acerca de nuevos impuestos, y el segundo alargó la duracion del medio diezmo.

El triste éxito de los asuntos de Holanda, á pesar de los auxilios que Francia le habia prestado, enagenó las consideraciones que al principio del reinado de Luis XVI habia adquirido al gabinete francés su buena fortuna militar y diplomática, y el orgullo de esta nacion quedó herido vivamente con el tono jactancioso que manifestaban sus enemigos. La guerra de los anglo-americanos, habia sido indudablemente un gran triunfo contra la Gran Bretaña; pero que mérito habia en la empresa á un gabinete forzado á

(1) Luis le abrió con las siguientes palabras: "Señores no es á mi parlamento á quien toca dudar de mi poder ni del que le tengo confiado."

hacer el papel glorioso de libertador sin ser de su agrado?

El monarca, en sesion régia, manifestó al parlamento su determinacion de convocar los Estados generales, y al mismo tiempo presentó dos edictos, por uno de los cuales creaba un empréstito de cuatrocientos veinte millones de francos en cuatro años, y por el otro restablecia en el ejercicio de sus derechos civiles á los protestantes (1), aunque se habian opuesto los notables á semejante medida. El parlamento, que no habia manifestado ninguna resistencia, y se preparaba á registrarlos, retrocedió tan luego como averiguó que el duque de Orleans habia protestado sobre el particular. Fué entonces cuando el monarca condenó al destierro á este príncipe, el cual fué proclamado generalmente *ilustre victima del poder arbitrario*: pero avezado á los delictos, desprovisto de valor y menos resuelto de lo que requerian sus deseos, trató por medios rastreros de lograr su vuelta, y lo consiguió.

En esto el monarca, que no habia tenido bastante habilidad para sacar partido de un golpe de Estado, que venia por mano ajena, se preparó á lanzar otro nuevo, que consistia en reducir á setenta y seis los miembros del parlamento, divididos en seis *baillias* [2], cuyo oficio no era mas que el de tribunales de apelacion; y finalmente, estabecia un plenario superior á los otros, compuesto de lo mas selecto del país, cuyo especial encargo era el de registrar los actos que emanaban de la autoridad régia. Todavía no habia sido publicado el decreto de estas nuevas disposiciones, cuando el soborno prevaleció hasta el punto de proporcionarse una copia; por lo cual hubo un sinnúmero de protestas; pero el monarca hizo arrestar en medio del parlamento á los que habian divulgado lo establecido por el decreto, y en sesion real ordenó que se registrasen los edictos.

Así es, que restableció en todo su vigor el despotismo, pero no habiendo dispuesto atinadamente y de antemano los medios oportunos para sostenerlo, se encontró frente á frente con la oposicion de la nobleza; la cual, echando en olvido todas las distinciones, convino en oponerse, y con ella el parlamento, que para poner freno al absolutismo declaró lo que sigue: "Ser la Francia una monarquía gobernada por el rey segun sus leyes fundamentales, las cuales consignaban: 1.º El derecho al trono de la casa reinante de varon en varon y conservando la primogenitura. 2.º El derecho de la entera nacion para conceder libre y espontáneamente subsidios mediante la convocacion de cortes generales (estados generales). 3.º Las prácticas consuetudinarias y fueros de las provincias. 4.º La inamovilidad ó perpetuidad de los que desempeñan el cargo de

(1) A escepcion de los cargos judiciales y de la enseñanza pública.

(2) Audiencias.

magistrados. 5.º El derecho de los tribunales de examinar en cada provincia los actos que espresen la voluntad del monarca, y ordenar su registro solamente en cuanto se hallen conformes con las leyes constitutivas de las provincias mencionadas y con las fundamentales del Estado. 6.º El derecho que tiene todo ciudadano de no ser llevado sino ante sus jueces naturales; y en fin, el derecho que afianza los demas, á saber, de no ser arrestado sino para quedar inmediatamente á disposicion de los jueces competentes."

Esta resistencia que en su declaracion traia á la memoria todos los derechos nacionales, habria sido necesario no provocarla ó vencerla á toda costa. Arrestado D'Esprenménil cobró aplausos populares; un crecido número de magistrados no quiso ocupar en las *baillias* (audiencias) las plazas de los individuos del parlamento, que habian sido declaradas vacantes por el gobierno; en varios puntos tuvieron lugar manifestaciones estrépitosas y escenas, que llevaban el carácter de la violencia; organizáronse clubs en la ciudad de Paris, reuniones literarias en Bretaña, conciliábulos por do quiera, en donde se promovian largas pláticas acerca de los abusos, que debian cortarse de raiz, acerca de las reformas que era preciso introducir, y acerca de las constituciones que podrian tener lugar. El gobierno ordenó prisiones, que no alteraban en nada la condicion de las cosas, y á las tropas enviadas á pacificar con la punta de las bayonetas, se las resistia, ó por el pueblo agrupado, ó por los individuos, que procuraban desahogar su ira por medio de duelos: esto acontenció con especialidad en Bretaña y en el Definado. Luis, que se entretenia en cazar, y que no concebía que hubiese otra voluntad mas fuerte que la suya, se encontró en la precision de revocar ambos edictos, y fijó la convocacion de los Estados generales para principios de Mayo de 1789, manifestando á todas las clases sus vivos deseos de que le aconsejaran acerca de la manera mas á propósito de constituirlos.

En tanto el arzobispo, muy malquisto del público, porque lo debia todo á la Austriaca [María Antonieta] iba de mal en peor; por lo cual, hallándose agotada la caja del erario, se pidió con súplicas á Necker, que volviese á la direccion del ministerio de hacienda.

La circulacion de su obra titulada *De la administracion de la hacienda*, que descubria al pueblo secretos muy reservados, no habia sido permitida; pero aquella prohibicion habia servido para difundir sus doctrinas y hacerlas aprobar sin previo examen. Así es, que Necker volvía ahora como en triunfo á ocupar la silla ministerial. Fué su principal cuidado inducir al monarca á revocar todas las disposiciones que se habian dado hasta entonces ó que habian sido propuestas; á separar de su cartera al ministro, arzobispo de

Tolosa, y al restablecimiento del parlamento: lo cual, habiendo motivado demostraciones ruidosas de regocijo, dió á conocer que el poder habia perdido en sus oscilaciones toda especie de acatamiento. En Paris, (29 de Agosto de 1784) mucha gentualla apiñada, y que formaba una gran masa de hambrientos, de contrabandistas y de otras personas de muy mala catadura, prorrumpieron en desaforados gritos contra el monarca, y maldijeron de María Antonieta y de su arzobispo, apostrofándoles con graves injurias. Las centinelas fueron blanco de varios insultos; la policia, impulsada por cierta filantropía, y tambien por un sentimiento de desprecio para con el público, porque creía que los parisienses no tendrian bastante arrojo para un gran motin, obró con aquella perplejidad y lentitud, que perjudican mas bien que producen un buen resultado; sin embargo, muchos murieron en aquel tumulto. El duque de Orleans se introdujo entre aquella plebe de perdidos, dándose el tono de mucha popularidad.

El parlamento, habiendo llegado á sospechar que la clase media se convertiría mas bien en dueño absoluto que en auxiliar, rehusó registrar el decreto que fijaba la convocacion de los Estados generales, siempre que no se conviniera en que su forma fuese en un todo igual á la de 1614, la cual concedia á cada uno de los estados (brazos) el derecho de deliberar aisladamente y de oponerse á lo que se habia propuesto por los otros dos. Esto no solo valia tanto como asegurar los privilegios, sino que abria la senda á su incremento, porque los Estados cooperarian á apoyar á la corona; por lo que el pueblo, los que disfrutaban el título de filósofos y la magistratura, se declararon contrarios á la reunion de aquel cuerpo. Fué entonces cuando se encarnizó aun mas la guerra contra los privilegios, y no hubo mas tema que la nacion, los derechos del tercer estado y el poder tiránico de una aristocracia que se enriquecia con los sudores de éste. Algunos nobles, guiados por sentimientos de rectitud y buena fe, abrazaron la causa del pueblo, y otros mal intencionados siguieron este ejemplo para lograr cierta primacia entre los del tercer estado, á cuya cabeza se pusieron el duque de Orleans y los jóvenes que habian regresado hacia poco de América, las personas que profesaban las letras, los párrocos del campo y el mismo Necker, que salido del pueblo, no podia buscar su punto de apoyo en el cuerpo aristocrático.

Entonces estalló un gran clamoreo, que con sus manifestaciones daba á conocer cómo todo lo existente estaba organizado en ventaja de un reducido número de individuos y en perjuicio de las demas clases, condenadas á ser oprimidas; cómo las cédulas reales de encarcelamiento podian parangonarse á una espada suspendida sobre la cabeza de cada cual; cómo la censura ponía trabas al pensamiento, cómo la administracion de jus-

ticia, que tenían en sus manos en las provincias los señores feudales, y en todo lo concerniente á las jurisdicciones reales algunos magistrados que habían adquirido sus destinos ó por herencia ó por haberlos comprado, procedía lentamente, no dejando por otra parte de ser arbitraria, costosa y desapiadada. Eran patrimonio exclusivo de pocas clases, y se puede decir de un reducido número de individuos, las dignidades eclesiásticas y los empleos civiles y militares, al paso que todas las distinciones estaban reservadas para el cuerpo aristocrático; las cuales, transmitiéndose por vía de herencia de uno á otro, se convertían por último en propiedad patrimonial. Los privilegios estorbaban la industria y daban á las contribuciones un carácter de desigualdad que las hacía muy onerosas. Dos tercios de la propiedad territorial estaban absolutamente en manos de los señores feudales y de la clase clerical, privilegiados entrambos; así que, sus tierras se hallaban exentas de contribuciones, y todos los gravámenes recaían sobre lo poco que poseía el pueblo, sujeto por lo demás á sobre llevar la carga de los derechos feudales, la servidumbre que se derivaba de los derechos de caza, el pago del diezmo al clero y los servicios que se distinguían con el nombre de corporales. Si los señores no cumplían puntualmente con el pago de las contribuciones ó con los donativos, se escudaban con sus privilegios; pero en casos semejantes se apremiaba aun más al pueblo para la cobranza de los impuestos, el cual, si se negaba al pago, quedaba espuesto sin amparo á todas las vejaciones arbitrarias del fisco y de los asentistas. La clase inferior con su trabajo, los mercaderes con su industria, los literatos con sus conocimientos fomentaban el bienestar del país: y no obstante disfrutaban alguna consideración en el Estado?

Estas ideas ya conocidas, se divulgaban aun más por medio de los libros que usaban de un lenguaje muy franco y atrevido. El conde d'Entraignes, en su obra del *Si no, no*, proclamó las formas de un gobierno puramente republicano, y dijo que los monarcas y la aristocracia hereditaria eran el azote más terrible de que la Divinidad se sirve, cuando quiere verter la copa de su cólera. Sièyes, hábil revolucionario, examinando que es el tercer estado, estableció manifiestamente como inconcusa doctrina, que debía tenerse en consideración lo que competía á las varias clases del Estado entre sí y con respecto á la nación; y cuando dijo: "Los destinos lucrativos y honoríficos los poseen personajes de la clase privilegiada, ¡debemos nosotros atribuir esto á su mérito especial! no cabe duda que sería así, siempre que el tercer estado hubiese rehusado el ejercicio de tales cargos, ó se hallase incapaz de desempeñarlos; cuando dijo esto Sièyes, tocó una cuestión que si no era la causa principal, era por cierto una de las más poderosas de las que produjeron la revolución. En efecto,

éste añadía á lo dicho las palabras siguientes: "pero nos encontramos en un caso absolutamente contrario; pesa el entredicho sobre una clase no privilegiada, y se le dice: cualesquiera que sean tus servicios y tu aptitud, no te se permitirá pasar estos límites; no es conveniente que tú consigas honores," y si alguna que otra vez se hacen escepciones en esta regla general, no son más que una mofa: el lenguaje que se usa entonces no sirve sino para agravar más el insulto; y cierra su discurso diciendo: "el tercer estado hasta ahora no fué nada, pretende ser algo, debe serlo todo." Aserción muy extraña en un país en donde la aristocracia y el clero estaban todavía en posesión de las dos terceras partes de la propiedad territorial. Sièyes vagaba por los espacios imaginarios en la aplicación de sus teorías; pero él, Mirabeau y Talleyrand sentían que la nación no podía reducirse á las condiciones expresadas (1) sin una completa revolución, y Lafayette, (2) habiendo sabido que el delfin

(1) Si se sostiene por una parte que la nación no se ha hecho para su jefe, es por cierto una locura el pretender por otra que se haya hecho para alguno de sus miembros. ¿No tendría sobrada razón el pueblo para mandar nuevamente á los bosques de Francoña á todas estas familias, que tienen todavía la loca pretensión de ser una rama de los conquistadores, y de haberles sucedido en la plenitud de sus derechos? ¿Y no es una verdadera aristocracia el país en donde los Estados generales no son otra cosa que una asamblea judicial compuesta de clérigo y de nobles?—*Sièyes, qu'est-ce que le Tiers-Etat &c.*

(2) Lafayette, de quien hemos hablado repetidas veces en el curso de esta obra, es uno de los hombres más ilustres de nuestra época, y sus vicisitudes políticas traen á la memoria los acontecimientos más estrepitosos de ambos hemisferios. Sus opiniones liberales han influido sobremanera, no tan solo en las cosas de Francia, sino también en los asuntos políticos de la Europa entera. Todas las máximas políticas que salían de la boca de Lafayette, circulaban en Francia con una rapidez prodigiosa, y eran objeto de graves reflexiones por algunos días. Pero lo que robusteció más su fama política fué la acogida que le hicieron los norte-americanos en el año de 1824. A su vuelta á Francia, todos querían ser informados del gobierno de los Estados-Unidos, todos querían conocer los pormenores políticos de aquel pueblo, que había llamado la atención de Europa por su amor á la independencia. Lafayette satisfacía á todas las preguntas, y hablando con entusiasmo de la felicidad política de los anglo-americanos, exaltaba los ánimos de sus compatriotas, los cuales al oírle se ensañaban más y más contra la restauración y contra el gobierno de Carlos X; y finalmente, cuando estalló la revolución de Julio, solo Lafayette bastó para ceñir las sienes de Luis Felipe con una corona. Tratándose de un hombre cuya memoria despertaba tan grandes recuerdos, creemos satisfacer la curiosidad de nuestros lectores insertando en es-

aprendía la historia de Francia con D'Arcurt, su ayo, dijo estas pocas palabras: "haría muy bien en principiarla desde 1887."

La unión que se verificó en Vizille en el Delfinado, de los tres órdenes del Estado [22 de Julio de 1788] puede definirse el prólogo más inmediato de la revolución. El secretario Mounier indujo á aquella asamblea á adoptar los tres principios siguientes, que constituían real y verdaderamente la regeneración política en sentido democrático: 1º, que los diputados del tercer estado fuesen en número igual á los otros dos juntos: 2º, que los tres estados deliberasen en común: 3º, que se votase individualmente.

Necker, ufano por los triunfos populares, que había conseguido, y deslumbrado con las lisonjas que le prodigaban sus adictos, deslucía con cierta ostentación escrupulosa de virtud, las que realmente poseía, y se figuró que podría proporcionarse medicinas mezcladas con miel para curar la gangrena del cuerpo social.

Pero no encontraba en las arcas del Estado á millones el dinero, y sin embargo, los gastos urgentes requerían todas las semanas cantidades muy cuantiosas, á las cuales era menester añadir setenta millones más, que se necesitaban para subsidios á consecuencia de haber sobrevenido una carestía espantosa. Luchó por el trascurso de un año entero

ta nota la relación lacónica y sencilla del recibimiento que le hicieron los americanos en 1824, que ha consignado la señora Emma Willard en su *Compendio de la historia de los Estados Unidos*, compendio impreso en América á principios de este año, y del cual se ha hecho en Nueva York una traducción española, no exenta de defectos, pero único texto que conocemos. Dice así: "El general Lafayette llegó á Nueva-York á 15 de Agosto, á consecuencia de una invitación especial del congreso para que visitase la América. Muy intensos eran los sentimientos que le agitaban al ver de nuevo y colmado de prosperidades aquel país á que él había venido, y adoptado como suyo en la época de la adversidad. Estimado como lo era por sus virtudes, y consagrado por sus sufrimientos y su constancia, ningún hombre bueno de cualquiera país podía mirarle sin cierto respeto mezclado de ternura; pero para los americanos había, además de esto, la gratitud por sus servicios, y la asociación de un recuerdo de aquellos varones beneméritos con quienes había vivido. Millares de personas se reunieron en Nueva-York para recibir á Lafayette, los cuales al contemplarle manifestaron su gozo con exclamaciones, vítores y lágrimas. Se dirigió á caballo y con el sombrero en la mano desde la batería hasta el City Hall, (casa consistorial), recibiendo y devolviendo las afectuosas saluciones de la multitud. El mayor le dió la bienvenida en el City Hall por medio de un sentido discurso. Después se encontró con unos cuantos veteranos de la revolución, sus antiguos compañeros de armas, ya blancos en canas; y aunque casi había pasado medio siglo, después de haber-

con toda especie de dificultades; hizo todos los esfuerzos posibles, y puso en juego sin charlatanería, como había hecho en su primer ministerio, todos los medios que estaban á su alcance; pero á pesar de lo dicho, no pudo lograr su intento.

Este ministro, que era un mero hacendista, no supo idear reformas políticas, y por lo demás, considerándose á la sazón el déficit como un mal, más bien que como un síntoma de una grande enfermedad, solo se pretendía remediar aquel. Francia podía, por cierto, suplir á la falta de ingresos, pero no el pueblo, agobiado más de lo que podían sus fuerzas; y un sobrecargo cualquiera de nuevos impuestos no habría hecho más que sumirlo en mayores apuros, á consecuencia del repartimiento mencionado; que, como hemos dado conocer, se apoyaba en leyes iníquas. Así es, que todo lo proyectado hasta entonces no podía tener buen efecto sin acudir á un cambio absoluto en el sistema de hacienda, que aliviando á las clases menesterosas, mancomunase á los opulentos en el pago de los impuestos, lo que no era dable conseguir sino con la intervención extraordinaria de los Estados generales.

Aun cuando llegadas las cosas á este extremo, no le fuese posible ya á Necker oponerse á la reunión de los Estados mencionados, debería haber puesto en juego todos los me-

se dicho adios, su memoria fiel había conservado el recuerdo de sus rostros y sus nombres. Primeramente se dirigió hácia el Este, y después al Sur y el Oeste, visitando todas las ciudades principales y todos los Estados de la Unión. Su marcha por los Estados-Unidos fué un triunfo incesante, el más glorioso de los que presenta la historia. Los cautivos atados á su carro triunfal eran los afectos de un pueblo agradecido; su gloria la prosperidad y felicidad de su patria adoptiva. Ni fueron honores meramente las muestras de agradecimiento que dió la república á su antiguo defensor. El congreso votó en su favor la suma de 200.000\$, y el circuito de tierra de una ciudad en Florida."

La señora Emma Willard al hablar de Lafayette, nota con especialidad lo que sigue:

"Marqués de Lafayette" era el título con que en los días de la revolución se conocía al noble héroe. Después renunció á todas las distinciones de esta especie, "y no quiso recibir otro título que el de su rango militar; con que desde entonces se le llamó general Lafayette."

Queremos advertir con esta oportunidad, que nos hemos proporcionado con mucho trabajo algunas obras americanas, que dan pormenores muy curiosos sobre las antiguas colonias que poseía la España en aquel hemisferio, y sobre la California, país que hoy ha llamado en gran manera la atención de Europa por sus minas de oro; de suerte que tenemos el gusto de anunciar á nuestros lectores, que enriqueceremos con notas muy importantes la parte de esta historia en que nuestro autor habla de las colonias europeas del otro hemisferio. [Nota del traductor].